

BR 161

D8

V.5

HISTORIA

ECLESIASTICA GENERAL

SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

que contiene los dogmas, liturgia, disciplina, concilios, heresias, cismas, y la doctrina que en la Iglesia debe su establecimiento hasta el

Si quis aliter docet, & non acquiescit sanis sermonibus Domini Nostri Jesu-christi, & ei, quæ secundum pietatem est, doctrinæ, superbus est, nihil sciens, sed languens circa quæstiones & pugnas verborum: ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasphemiæ, suspiciones malæ, conflictationes hominum mente corruptorum, & qui veritate privati sunt. I. ad Tim. cap. 6.



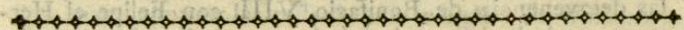
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA ECLESIASTICA

GENERAL

Ó SIGLOS DEL CHRISTIANISMO

EN SU ESTABLECIMIENTO Y SUS PROGRESOS.



CONTINUACION DEL SIGLO XIV.

ARTICULO VII.

Carácter y conducta de los papas desde principios del siglo XIV. hasta el origen del gran cisma de Occidente.

Con lo que hemos referido de las desavenencias de Bonifacio VIII. con Felipe el Hermoso, y el tono de arrogancia que tomó respecto de casi todos los demas soberanos de la Europa christiana, creemos haber dado á conocer sobradamente el carácter y conducta de este pontífice. Benedicto XI. su sucesor, en quien se admiraron todas las virtudes que se desean encontrar en la cabeza de la Iglesia, sobre todo la mansedumbre, la moderacion, el espíritu de reconciliacion y de caridad, reparó una parte de los males que habia causado la inflexibilidad de Bonifacio. Túvose á sí mismo por padre comun de todos los fieles, obligado por consiguiente á tenerles un cariño verdaderamente paternal, y no por zelador de las cabezas coronadas, y mucho ménos por superior suyo ni señor en las cosas temporales. Si la providencia lo hubiese conservado mas tiempo para la religion, no se puede dudar que hubiera conseguido cicatrizar sus llagas; pero este virtuoso papa fué arrebatado por una muerte, que se sospechó no habia sido natural, antes de haber concluido el noveno mes de su pontificado. Si no es constante que su muerte fué efecto de un delito, á lo ménos se puede tener por un castigo del cielo. Volvió á sumergir á la Iglesia en las

A 2

007319

mismas turbaciones de que la habia sacado su eleccion. Los cardenales, divididos en dos bandos casi iguales en número y crédito, hicieron estar vacante la santa Sede cerca de once meses, por la obstinacion de cada partido en querer pontífice de su devocion. En otra parte hemos referido el medio que tomaron para conciliarse, y cómo consiguieron los parciales de la Francia poner en el trono pontificio á Beltran de Goth, ó de Agoust, arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V.

En los dos artículos en que hemos dado la historia de las desavenencias de Bonifacio VIII. con Felipe el Hermoso, y de la destruccion de los templarios, hemos referido las acciones mas memorables de este pontífice. Los autores italianos de este siglo se han dedicado casi todos á obscurecer su memoria y á desacreditar sus costumbres. Echanle en cara sobre todo su condescendencia con Felipe el Hermoso, á quien concedió quantas gracias pidió; pero esta queja indica bastante el motivo secreto del odio que los anima, quando hablan de este papa en términos tan poco honrosos; y basta para hacer mirar como una sátira todo quanto han dicho de él. Claramente se ve que el verdadero delito de Clemente V. á los ojos de los italianos ha sido su inclinacion á la Francia, y la traslacion de la silla apostólica de Roma á Aviñon, ciudad que escogió para tener en ella su corte, y en la que se estableció el año 1309, despues de haber residido sucesivamente por quatro años en Leon, Burdeos, Poitiers y en algunas otras ciudades de Francia; y principalmente el haber trasladado el trono pontificio y la residencia de la corte romana á la otra parte de los montes, lo que fué muy motejado en vida suya y despues de su muerte; pero los que han tenido mayor proporcion para exáminar por menor su conducta y sus acciones, le hacen mas justicia. Alaban su piedad, su zelo, su equidad, su prudencia y su habilidad, que manifestó en las delicadas coyunturas en que se hallaban los negocios de la Iglesia á principios de su pontificado. En quanto á sus costumbres, para juzgar de ellas sanamente, no nos hemos de atener, ni al historiador Villani, que manifiesta sin rebozo su parcialidad, ni al Dante, poeta que entre todos ha abusado mas del privilegio de atreverse á qualquiera cosa y de fingirla, sino al testimonio de los AA. contemporáneos, que nos han dexado

las seis relaciones del pontificado de Clemente V., que se hallan en la coleccion de las vidas de los papas que han residido en Aviñon. Muy léjos de marchitar su memoria imputándole amistades ilícitas, lo pintan como un papa zeloso de las buenas costumbres, irreprehensible y aun severo en las suyas. Si hay algo que censurar en el gobierno de este pontífice es haber dado á sus sucesores el exemplo del abuso excesivo que hicieron por tanto tiempo de las reservas, espectativas y contribuciones cobradas con tan poca moderacion á todas las naciones christianas. A los que para apoyar las reflexiones malignas de Villanos opongan la autoridad de san Antonio, tan poco favorable á Clemente V. como el historiador de Florencia, responderiamos que el santo arzobispo no ha hecho otra cosa que repetir sin exáminarlo lo que su compatriota habia escrito antes de él, y que su exemplo es una prueba muy clara de la fuerza y de lo perjudicial de las preocupaciones nacionales, de que los hombres mas prudentes no siempre saben defenderse.

Desde la muerte de Clemente V. acaecida en el mes de Abril de 1314 pasaron mas de dos años sin que los cardenales, congregados primero en Carpentres, y separados despues por un incendio que consumió la mitad de esta ciudad, pudiesen convenirse entre sí, ni en una persona digna de ser ensalzada á la silla apostólica, ni en el lugar para hacer la eleccion. La vacante de la santa Sede hubiera durado todavia mucho mas tiempo, á no haber usado de maña Luis Utin, rey de Francia, para atraer á Leon con promesa de absoluta libertad á los miembros del sacro colegio. Encerrados en el convento de los dominicos por orden de Felipe el Largo, hermano y sucesor de Luis, eligieron al cabo de quarenta dias á Jacobo de Euse, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII.

Algunos AA. han escrito que este papa, natural de Cahors, era hijo de padres pobres y oscuros; pero se ha probado por un erudito del último siglo (Balucio) que su familia era una de las mas distinguidas de la provincia de Roverga. Sea lo que fuere de estas dos opiniones tan diferentes sobre el origen de Juan XXII., lo cierto es que este pontífice no debió su exáltacion mas que á su mérito y á su profunda sabiduría. Habia hecho estudio par-

ticular en el derecho canónico, que fué por donde se dió á conocer al papa Clemente V., cuya estimacion mereció, y quien le dió el obispado de Porto, ensalzandolo al cardenalato. Sus principios en el gobierno de la Iglesia fueron los de Gregorio VII. y de Bonifacio VIII., y su conducta conforme con la de ellos. Ya hemos visto como se manejó en sus largas y funestas disputas con el emperador Luis de Baviera; siendo quizá imposible que dos enemigos se muestren mas encarnizados uno contra otro, y se den golpes mas violentos. El emperador pronunció una sentencia de proscripción contra el papa en medio de Roma, y con el aparato mas propio para infundirles terror. El papa por su parte disparó todos los rayos de la Iglesia contra el emperador, á quien miraba y trataba, no como á su enemigo personal, sino de la religion y del mismo Dios. No podemos ménos de confesar que en el discurso de estas enfadosas altercaciones no siempre siguió Juan XXII. las reglas de la prudencia que se debe esperar de una cabeza de la Iglesia, ni las de la caridad que debe animar á un padre comun de los fieles. En un pontificado de diez y ocho años no omitió ningun medio para afirmar y consagrar las pretensiones que tantos papas antes de él habian procurado establecer. Igualmente seria difícil encontrar entre sus predecesores ningun pontífice mas apegado que él á la quimera de la omnipotencia papal. Hablaba en sus bulas y en todos sus acuerdos públicos, como hombre persuadido que Jesu-christo habia dado á la cabeza de la Iglesia un poder universal sobre todos los pueblos que componen el cuerpo christiano, y sobre todos los monarcas por quien son gobernados estos pueblos. Por lo demas, no se puede negar que era sugeto de gran talento y virtud. El historiador Villani, tan propenso á reprehender y exágerar los mas mínimos defectos en los papas de Aviñon, alaba su frugalidad, su piedad, su vida pura y exemplar. Es cierto que el inmenso tesoro que dexó al tiempo de su muerte ha dado materia á la censura de este escritor; pero quando se sabe con quanta ansia deseaba Juan XXII. la empresa de una nueva cruzada para la conquista de la tierra Santa, y el trabajo que se habia tomado para persuadir á todos los príncipes christianos á unirse en la execucion de este gran proyecto; no causa admiracion que juntase los considerables caudales de que

se hallaron llenos sus cofres, ni queda duda del uso que se proponia hacer de ellos. En otra parte hablaremos de la opinion de este papa acerca de la vision beatífica de los santos, y del modo como se concluyó la disputa que esta quæstion, mas sutil que importante, ocasionó en la Iglesia.

El reynado de Benedicto XII. lo pasamos rápidamente, sin embargo de haber sido este papa uno de los mas prudentes y virtuosos que en el siglo XIV. han gobernado la Iglesia; porque aunque fué de siete años, no nos presenta sucesos dignos de notar. Su persona fué recomendable por un ardiente zelo de la extirpacion de la simonía y de los demas vicios, que deshonoraban al clero, y por un desinterés, que era muy raro en los que ascendian á las primeras dignidades de la Iglesia. Deseaba con ansia volver la silla apostólica á Roma, ó á lo menos á alguna ciudad de Italia; pero las circunstancias no le permitieron efectuar este proyecto, que hubiera excusado muchas desgracias á los pueblos que habitaban á la otra parte de los montes.

Qué lástima que no podamos hacer los mismos elogios de Clemente VI., sucesor del modesto y zeloso Benedicto XII.; pero si los hiciésemos, nos desmentiria la historia, y nos acusaria la verdad de que la habiamos burlado. No obstante ser docto y no carecer de buenas prendas, es difícil encontrar en todo el discurso de su vida tiempos en que sus costumbres correspondiesen á la santidad de su estado, aun subiendo á los años que precedieron á su exáltacion á la dignidad pontificia. Quando llegó á esta primera dignidad del mundo christiano, no vió en este elevado puesto mas que el poder de que se gozaba en él y el esplendor que lo rodeaba. Ningun príncipe de su tiempo fué mas faustoso en todo lo que miraba al servicio de su persona y de su casa; ninguno tuvo corte mas lucida y mas numerosa, mesa mas delicada, mas magnificencia exterior, mas caballos y criados; en una palabra, mas aparato de grandeza y de luxo, que la religion no reprende en los monarcas, porque regularmente es necesario para realzar á los ojos de los pueblos el esplendor de la magestad real; pero que siempre lo ha condenado en sus ministros. Para subvenir á todos estos gastos fué preciso recurrir á los antiguos caudales, abiertos

por la codicia, que acarreaban á las manos de los pontífices el oro de las naciones; canales que la prudencia y desinterés de Benedicto XII. habian empezado á tapar. Todos los abusos que se echaban en cara hacia mucho tiempo á la corte de Roma, se renovaron; todos los medios empleados hasta entónces para juntar dinero se pusieron en práctica, y se llevaron hasta el exceso mas escandaloso. Los ministros de Clemente VI. por conformarse con sus ideas y por acudir á su lujo, se valieron de quantos arbitrios se puede imaginar, y llegó el caso de hacer un comercio público con los beneficios y gracias. Todos los pueblos murmuraban, y el mundo entero estaba escandalizado, entre tanto que Clemente, afectando el exterior de un príncipe secular, vivia mas como tal, que como eclesiástico. Lo que mas admira es ver á un papa, cuya vida era tan poco conforme con las obligaciones de la dignidad sagrada con que estaba condecorado, perseguir al emperador Luis de Baviera con las mismas armas que Juan XXII. habia desenvaynado contra este príncipe; tratarlo asimismo todavía con mayor aspereza; poner todos los medios para hacerle rendirse al peso de la autoridad pontificia, y no darle ninguna esperanza, sino con la condicion de que viniese á echarse á sus pies como un reo á quien se perdona por compasion. Nada prueba mejor, al parecer, cuánto progreso habia hecho en Europa el poder de los papas desde Gregorio VII., que se puede mirar como el fundador; y quanta fuerza habia adquirido en ménos de tres siglos la preocupacion que servia de basa á este vasto poder. Clemente VI. acabó sus dias en el mes de Diciembre de 1352, despues de 10 años y 7 meses de pontificado.

Inocencio VI. y Urbano V., que subieron uno despues de otro á la silla apostólica, y cuyos pontificados juntos ocupan un espacio de mas de 18 años, consolaron á la Iglesia con sus virtudes y la prudencia de su gobierno para reparar una parte de los daños que su antecesor habia causado. Inocencio VI. suspendió todas las reservas, revocó las expectativas y las encomiendas, y obligó con pena de excomunion á todos los titulares á residir en sus beneficios. Este último reglamento, del qual habia hecho el exemplar Benedicto XII., desembarazó la corte de Aviñon de una caterva de gentes codiciosas,

que solicitaban nuevos beneficios, ó que se hacian pagar muy caro por adquirirlos para otros. En este pontificado los literatos y los sugetos de mérito de todo género fueron preferidos en la distribucion de gracias y empleos; preciábase Inocencio de una justicia exácta y severa. Censúrasele sin embargo de haber sido demasiado indulgente con sus parientes, y de haberse entregado sobradamente al cuidado de engrandecer su familia. Urbano V. siguió las huellas de su digno predecesor; se aplicó como él á corregir los abusos, á disminuir el fausto y la magnificencia, cuya inclinacion habia introducido Clemente VI., y apartar á los que la ambicion y el deseo de enriquecerse atraian á la corte. Instado por las promesas de los romanos, resolvió ir á residir á Roma; y á pesar de los obstáculos que halló de parte de la Francia executó este designio el año 1367, á los 63 que la capital del mundo christiano estaba privada de su pastor. El gozo de tener en ella al fin á la cabeza de la Iglesia se manifestó con fiestas, que por lo regular sirven de intérpretes á la alegría pública. Despues de haber dexado desahogar por algunos dias los extremos que su vuelta habia excitado, trabajó sin demora en tomar conocimiento de los males que la larga ausencia de los papas habia originado para buscar despues los medios de remediarlos. Estos dos objetos tan dignos de su zelo lo ocupaban de todo punto quando pasó á Roma el emperador Carlos IV. á conferenciar con él sobre las cosas de Italia. El mérito de Urbano y la suma veneracion que le tenian los príncipes christianos habian atraido ya á su corte, ántes de su partida de Aviñon, tres soberanos, que se habian halado allí al mismo tiempo; Juan II., rey de Francia, Pedro de Lusitania, rey de Chipre, y Waldemaro III., rey de Dinamarca. Con las diligencias del virtuoso pontífice empezaba á restablecerse en Roma y en Italia el buen orden, quando tomó la resolucion de volver á Aviñon para trabajar en hacer la paz entre Francia é Inglaterra; pero no tuvo el consuelo de consumir esta laudable empresa, habiendo muerto algunos meses despues de su vuelta. Los historiadores han hecho justos elogios de la pureza de sus costumbres, de su vida laboriosa y aplicada, de su liberalidad con las iglesias, y de su caridad con los pobres. Su muerte, que se pone en el mes de Diciem-

bre de 1370, la sintieron todas las personas honradas.

Despues de una vacante de 10 dias fué ensalzado el cardenal Pedro Rogero, sobrino de Clemente VI., á la silla apostólica por unanimidad de votos, habiendo apenas estado los cardenales 48 horas juntos en cónclave. Este nuevo papa tomó el nombre de Gregorio XI. Habia estudiado la jurisprudencia canónica y civil, y pasaba por hábil en la primera de estas dos ciencias. Los romanos le enviaron sucesivamente dos embaxadas, suplicándole que viniese á residir entre ellos con toda su corte. Representáronle que desde la ausencia de los papas habia sido despedazada Roma por las disensiones mas crueles; que el espíritu de discordia habia encendido el fuego de la guerra civil en casi todas las ciudades de Italia; que el patrimonio de la Iglesia habia sido invadido por una caterva de pequeños señores que se habian apoderado de los dominios que habian encontrado en la inmediacion de sus tierras; que los florentines, sin acobardarse con las censuras eclesiásticas, ameuazaban apoderarse de lo demás; y por último, que era una cosa indigna para la capital del mundo christiano no tener su obispo, siendo así que las menores iglesias gozaban de esta ventaja. A estas razones convincentes añadieron sus súplicas dos santas vírgenes, á quien toda la Italia tenia la mayor veneracion; á saber, santa Catalina de Sena y santa Brígida de Suecia. Estas escribieron muchas veces al papa, y le amenazaron con las mas horrosas desgracias, que estaban para oprimir á la Europa, si se negaba á los deseos é instancias de los romanos.

Gregorio XI., arrastrado de tantos medios reunidos, partió por fin de Aviñon en el mes de Septiembre de 1376, y llegó á Roma al Enero siguiente, habiéndose detenido en las ciudades que se hallaban al paso. Su entrada en Roma fué un verdadero triunfo. El concurso de gente era inmenso: las aclamaciones y vivas resonaban por todas partes: salíanle á recibir con hachas encendidas, repitiendo su nombre con extremos de alegría, y llenándolo de bendiciones. A pesar de estas expresivas señales de la alegría pública, y el buen tratamiento que continuaban haciéndole los romanos, echaba ménos Gregorio XI. la mansion de Aviñon, y proyectaba volver á ella. Lo delicado de su salud, y la especie de desfallecimiento en que

habia caído, le hacian sin duda desear con ansia el ir á respirar otra vez el ayre puro y saludable del condado; pero su muerte, acaecida en el mes de Marzo de 1378, no le permitió poner en execucion este proyecto. Gregorio XI. es la última cabeza que ha dado la Francia á la iglesia universal, y tambien el único de todos los papas que han residido en Aviñon, de quien los italianos han hablado mas bien, porque su vuelta á Roma les ha quitado el motivo que les impedia hacer justicia á los demás. Con efecto era de una índole llena de mansedumbre, de una piedad sincera, y de un gran zelo contra los abusos y errores. Todos los dias empleaba mucho rato en oracion; repartia abundantes limosnas á los pobres; estimaba á los literatos, y se complacia en recompensar el mérito. El pretexto que la residencia de los papas en Aviñon daba á los obispos y abades para no residir en sus iglesias y monasterios, fué una de las principales razones que lo determinaron á trasladar la santa silla á Roma; y por eso desde el principio de su pontificado expidió una bula exhortando á todos los prelados seculares y regulares á pasar dentro de dos meses al lugar de su residencia, para desempeñar puntualmente sus funciones, y cuidar del rebaño que les estaba confiado.

La Italia, despedazada por las parcialidades, desolada por las guerras civiles, y oprimida por una caterva de tiranos, casi todos igualmente crueles, miéntras la larga residencia de los papas en Aviñon los ha hecho responsables de todos los males que sufrió entónces, y que experimentó todavía despues de su vuelta, los ha mirado como fugitivos, que habian arrastrado la iglesia romana á tierra extranjera, y que la tenian alí de terrada y prisionera. Por eso los romanos han llamado á este periodo tiempo de desgracia y de cautividad; y aun sus AA. han buscado en la sagrada escritura pasages que pudiesen acomodar á este acontecimiento, pretendiendo que esta larga ausencia de los papas estaba representada en aquel destierro del rey de Tiro, de que se habla en el profeta Isaías, y que debia durar 70 años. Esto es tambien lo que los ha movido á hablar tan mal de los 7 pontífices que han residido á esta parte de los montes, á ponderar tan acremente sus defectos, y á desfigurar sus buenas qualidades. A hallarse ménos preocupados, hubieran

tenido la sinceridad de confesar, que si entre estos papas ha habido algunos, á quien se pueden achacar flaquezas y aun extravíos, casi todos han sido recomendables por la superioridad de sus luces y de su talento, y que muchos han hecho venerable su nombre con la santidad de su vida. Este artículo lo concluiremos con una reflexión del cardenal Gil de Viterbo, prelado que vivia á fines del siglo XV., y que era distinguido entre los doctos de su tiempo. « Si la residencia de la santa Sede en Francia » (dice él) puede mirarse como un tiempo de nubes y de » obscuridad respecto de los males que causó, tanto á la » ciudad de Roma, como al estado eclesiástico y á lo res- » tante de la Italia, se puede tambien llamar tiempo de » luz y de prosperidad, atendidas las sublimes prendas de los que ocuparon la cátedra de san Pedro en toda la du- » racion de esta época. »

ARTICULO VIII.

Principio del gran cisma de Occidente. Tentativas inútiles para extinguirlo. Carácter y conducta de los papas hasta el fin de este siglo.

Ya entramos en los tiempos mas funestos para la Iglesia. Jamas habia experimentado el cuerpo christiano una continuacion de turbaciones ni escándalos, semejantes á aquellos de que fué á un mismo tiempo testigo y víctima durante esta época; y los males que hemos referido, tan grandes y deplorables como nos han parecido, no eran mas que anuncios de los que desoláron á la Europa christiana en los 20 últimos años del siglo XIV., y en los 30 primeros del XV. Vamos á ver á un tiempo dos pontífices en la silla apostólica emplear todos los artificios de la política para ganar reyes y pueblos, cargar e mutuamente de maldiciones, é inventar nuevos medios para sostenerse en el puesto á que los habia ensalzado la negociacion ó la discordia. Todas las naciones se interesarán en esta guerra sacerdotal: cansadas de fluctuar entre los dos competidores, que se disputarán la tiara, tomarán el partido de no reconocer á ninguno, y de establecer cada una en su propia casa para los asuntos eclesiásticos una forma de

administracion de que no habia habido todavía exemplar desde el origen del christianismo.

La muerte de Gregorio XI. es la época del desgraciado cisma, cuya historia vamos á comenzar, para proseguirla y concluir la en el siglo siguiente. De 16 cardenales que se hallaron entónces en Roma, 11 eran franceses, 4 italianos y 1 español: lo restante del sacro colegio no habia desamparado todavía el condado de Aviñon, adonde se sabia que se proponia volver el difunto papa. Luego que los cardenales de Roma entraron en cónclave, se amotinó el pueblo, acudió á las armas, rodeó el palacio, y gritó como furioso: queremos un papa romano, lo volemo romano, amenazando despedazar á los cardenales, sobre todo á los franceses, sino condescendian con lo que se les pedia. La causa de este tumulto, y del de eo evidente que se manifestaba de este modo, de tener papa romano ó italiano, era el rezelo de que segunda vez se trasladase la santa Sede á la otra parte de los montes. Atemorizados con los clamores, que iban creciendo cada instante mas, y juzgando poco segura su vida, eligieron los cardenales apresuradamente y como forzados por las circunstancias á Bartolome de Prignano, napolitano, arzobispo de Bari. El pueblo impaciente continuaba sus gritos y amenazas. La palabra Bari, pronunciada por algunos, hizo creer á los sediciosos que el papa electo era el cardenal de Bars, mirado como frances, porque era de Lorena, y excitó en el populacho nuevos extremos de furor: se forzáron las puertas del cónclave, el tropel se introduxo en él, anduvo á tientas, robó los muebles, ahuyentó los criados, aporreó algunos, y los mismos cardenales no se hubieran libertado de los golpes, ni aun quizá de la muerte, á no haber escapado. Habiendo gritado una vez: éste es el cardenal de san Pedro, creyeron algunos sediciosos que este prelado habia sido elegido, y cogiéndolo contra su voluntad, lo pusieron encima de un altar, lo adoraron, y le hicieron todos los honores que se acostumbra hacer á los nuevos pontífices al tiempo de su exáltacion; pero reconociendo despues que se habian engañado, lo dexaron llenándolo de maldiciones.

Luego que pareció haberse sosegado algo el alboroto, juntaron los magistrados de Roma 12 cardenales, que se hallaban todavía en aquella capital, para proceder al en-